

Padre de la
Causa Malvinas



EL GAUCHO RIVERO

Prólogo de Cristina
Fernández de Kirchner

Jorge Giles

Dirección editorial: Constanza Brunet
Coordinación editorial: Víctor Sabanes
Edición: Debret Viana
Asistencia editorial: Carmela Pavesi
Comunicación: Verónica Abdala
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Ilustración de tapa: Hernán Cappelletti

© 2025 Jorge Giles
© 2025 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-068-9

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Depositado de acuerdo con la Ley 11.723.
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Jorge, Giles

El Gaucho Rivero : padre de la causa Malvinas / Giles Jorge;
Prólogo de Cristina Fernández de Kirchner. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2025.
200 p. ; 22 x 14 cm. - (Pasado Imperfecto / Constanza
Brunet)

ISBN 978-987-823-068-9

1. Islas Malvinas. 2. Historia Argentina. 3. Soberanía. I.
Fernández de Kirchner, Cristina, prolog. II. Título.
CDD 982

Nota preliminar

Los hechos históricos mencionados en este libro, narrados y dramatizados literariamente, están basados en datos reales, documentados en archivos oficiales y en investigaciones realizadas por distintos historiadores, cuyos textos se citan al final de la obra.

La conclusión que expresa el título de la obra “Padre de la Causa Malvinas”, está fundamentada en la investigación aquí desarrollada.

Es la primera vez que, con toda justicia y legitimidad, se otorga, desde una visión nacional, tal distinción al Gaucho Rivero: la de ser el Padre de la Causa Malvinas, por ser nuestro primer héroe en la lucha por la soberanía argentina en nuestras islas Malvinas.

Capítulo I

Amanece en las islas

Esse jinete que galopa sobre el horizonte de Malvinas en su caballo ruano, con la melena al viento y cubierto con un poncho desflecado por el paso del tiempo, ese jinete, digo, se llama Antonio Rivero, el gaucho Rivero para sus compañeros tan gauchos como él.

Gaucho entre los gauchos, Rivero.

El tañido de su corazón anunciaba retirada en ese mes de marzo de 1834, cuando los ingleses le venían mordiendo los talones desde la tierra y el mar.

La Revolución del 26 de agosto de 1833 había sido derrotada; pero su causa no.

Latían el gaucho y su caballo criollo a un mismo tiempo y ritmo.

Latían acelerados. El viento embravecido que venía del mar ponía lo suyo y en sus remolinos llevaba y traía las voces y los gritos de sus perseguidores, y ese corazón a punto de desbocarse que no le daba tregua.

A un hombre como Rivero le podía estallar la cabeza, pero no el corazón, que era su única brújula en circunstancias así.

Cuando vio la loma y el charquito de agua, Rivero no dudó un instante. Se apeó del ruano buscando un refugio que los ocultara al menos por un rato. No daba para más ese corazón, y el Gaucho sabía que debía resguardarlo. Arrodilló a

su pingo y le fue sirviendo con las manos ahuecadas un trago de agua, y otro y otro. Luego lo acostó sobre la turba y tomó un sorbo él. Quería hablarle a su amigo, pero no podía hacerlo para no delatarse; de todos modos solo le respondería con su respiración desbocada.

Después de atravesar el camino que bordeaba la estancia La Tapera, debía pasar por el Corral Grande, cruzar el istmo sobre esa lengua de mar que cruzó tantas veces con don Emilio Vernet, llegar al Rincón de la Polaca, avanzar por las afueras del pueblo “Rosas”, y desde allí cabalgar hasta cruzar el arroyo La Horqueta y subir hacia Dos Lomas y seguir buscando el mar, y si no fuera posible acampar, volver sobre sus pasos hasta encontrar, más al Sur, el Rincón de San Martín, y llegar al mar y tratar de escapar o morir, libre, como viven los gauchos libres.

Pero le faltaba mucho aún, y ese viento destemplado le venía jugando en contra, a él y a su caballo malvinero.

A lo lejos los gritos se entrecruzaban con órdenes en inglés y en español. Alcanzó a escuchar su nombre como un alarido de muerte:

“¡Antook!”.

“¡Rivero!”.

“¡Rendite, Rivero!”.

“¡Entregate, Gaucho!”.

Tenía algo de frío, pero transpiraba. Jadeaba entrecortado. Tenía temor de que lo pudieran escuchar. A él o a su corazón, que eran lo mismo. A él o a su caballo que también jadeaba. A él o a ese cormorán que levantó vuelo sobre su cabeza.

De pronto, el silencio. Se arrastró lentamente para ver mejor el horizonte detrás del río de piedra. Vio a los soldados ingleses con fusil en mano y a un par de gauchos a la par haciéndole de baqueanos.

“Hijueputas”, masticó para adentro. “No hay peor astilla que la del mismo palo”. Luego se calmó. “Los desorientamos”, se dijo una y otra vez, mientras su caballo daba un último

bufido. Y recién entonces, el gaucho y el ruano se quedaron dormidos. Pero no lo sabían. Creían que estaban despiertos y solo estaban soñando; con un ojo cerrado y con el otro abierto.

“Ahora estamos solos de toda soledad”, pensó Rivero.

“Soledad —repitió—, como se llamaba el puerto de la isla cuando recién llegamos y don Luis que se porfió después en volver a llamar Puerto Luis a nuestro pueblo en Malvinas”.

Ahora solo estaban la tierra y la turba y las piedras y esta soledad que dolía tanto o más que el frío y la neblina, que seguían avanzando desde la orilla del mar y de aquella vida que truncaron con sus cañones y fusiles, primero desde la fragata estadounidense *Lexington* y luego, desde la nave inglesa *Clio*.

“Hijueputas todos”.

El gaucho se cobijó al lado del caballo hermano, el caballo amigo, el caballo cómplice de tanta patriada; bufó el caballo recobrando el aliento y Antonio Rivero le acarició el hocico para que siguiera calmo y no delatara al viento donde estaban ocultos. El Gaucho sabía o lo intuía, que para el caso da igual, que esa incertidumbre había llegado para quedarse, como la intemperie que era su techo y su cielo y su norte cuando salían las estrellas y tenía cómo guiarse en medio de la nada, sin farol ni lumbre.

Quizá no lo pensaba Rivero, pero a su modo él estaba haciendo patria; o quizá más justo es pensar que él mismo era la patria, dejando su estrella y su huella en Soledad, para cuando un día la historia viniera a rescatarlo.

El gaucho Rivero se dormía y el sueño siempre era el mismo: navegaba cinco meses desde Buenos Aires, hasta llegar a Malvinas en su primera y única vez.

Amanecía en las islas cuando el barco que traía a Luis Vernet, sus capataces y sus gauchos escondidos en la bodega, arrimaba a sus costas. El ventarrón empujaba a la nave como a una cáscara de nuez. Vernet salió a cubierta a dirigir el amarre, a los gritos pelados, orden y contraorden en ese idioma suyo, mezcla de criollo y alemán-hamburgués.

Ese hombre fornido, retacón, con los mofletes rojos y la barba tupida era el típico ambicioso que, una vez que decidía cuál sería su empresa, acometía como un toro bravío contra cualquier adversidad que se le presentara. Era su primer viaje a las islas, pero debido a las inclemencias y todas las desgracias de esta travesía, ya se sentía un marino con enorme experiencia.

El barco era suficiente para albergar a todos, caballos, indios y gauchos, marinos europeos dependientes de Vernet; un barco hecho a la medida de semejante aventura.

Se llamaba *Alerta*, el bergantín mercante; Vernet se lo había comprado a un tal Manuel Peman por cuatro mil pesos duros. En su bodega transportaba al menos 25 gauchos que estaban dispuestos a trabajar en la construcción de un nuevo pueblo, allá en Malvinas.

Los caballos subirían después, en Patagones, si es que no naufragaban antes.

¿Cómo fue posible que en esa bodega maltrecha viajaran por el mar austral, apretujados y sedientos, apretujados y hambrientos, apretujados y olorientos, 25 gauchos y medio centenar de caballos que a medida que se iban muriendo eran arrojados al océano sin ceremonia previa?

Dicen que en el fondo del mar que baña nuestra Patagonia hay caballos criollos galopando hacia Malvinas, eternamente.

A principios de enero de 1826 Vernet fue notificado por los oficiales en tierra de la flamante Marina criolla que, con el puerto de Buenos Aires bajo el bloqueo de las naves de guerra del Imperio de Brasil, no sería posible navegar sin correr peligro.

Don Luis no se amilanó y solicitó que le permitieran intentar, al menos, iniciar la travesía hasta Malvinas, bordeando la costa argentina.

—A su entera cuenta y riesgo, usted podrá zarpar —le respondieron.

Se dirigió a paso rápido hasta el *Alerta*, esa pequeña aldea flotante que esperaba anclada en el muelle del puerto; informó a su hermano Emilio y a Loreto Sáez, su cuñado, los peligros que podrían enfrentar si decidían levar anclas, y como si fueran un solo hombre acordaron que sí, que valía la pena el intento, y a renglón seguido se comprometieron a informar la decisión tomada a los gauchos que trabajaban en la bodega.

Detrás de los hermanos, siempre como una sombra fiel, iba el capataz Aniceto Oviedo; tenía la experiencia de haber estado en Malvinas dos años antes acompañando, junto a Emilio Vernet, la patriada que encabezó el comandante Pablo Areguati.

Aniceto terminaba de ordenar y ajustar la carga en el interior del bergantín junto a los gauchos que venían trabajando sin descanso desde días anteriores.

Las cajas y los bultos fueron de mano en mano hasta llenar la bodega con la carne fresca y la carne charqueada; las galletas, la grasa, los pavos y las gallinas, el trigo, el maíz, la harina, la yerba y el vino, las verduras y frutas, la miel, el tabaco y el aguardiente. Más atrás iban las telas, la ropa, las botas, los suecos y los zapatos y los ponchos y la cal, algunas carretillas y arados, algunas herramientas, sogas y postes de madera.

Un lugar privilegiado, a cuidar en la travesía, estaba reservado para las guitarras que cargaron a bordo.

Luis Vernet aguardó que terminaran la tarea y habló con voz estridente:

—Escúchenme todos, el puerto de Buenos Aires está bajo el bloqueo de la flota naval del Imperio del Brasil, se cree que acechan unas 30 naves de guerra extranjeras, pero igual vamos a navegar, vamos a levar anclas, hacer las velas, navegar en lastre, y marchar en absoluto silencio bordeando la costa hasta llegar a Carmen de Patagones, donde nos esperan los indios con los caballos que compré para llevar a las islas. Nadie hará nada sin recibir mis órdenes.

—¿Cuándo salimos, patrón? —preguntó uno de los gauchos.
—Mañana mismo —respondió don Luis.

Al amanecer del 12 de enero de 1826 partió el barco costeaando la ribera por el canal natural que los llevará una cierta distancia hasta poder surcar, finalmente, las aguas del mar.

Por el ojo de buey del camarote del capitán se podía ver una serie de barcos brasileños acechando el puerto de Buenos Aires.

Nadie habla. Nadie silba. Nadie canta. Nadie toca la guitarra. Nadie sube a cubierta. Nadie muestra una bandera.

—Si nos ven, nos bombardean —expresó en voz baja don Luis; Emilio asintió solo con un gesto.

La guerra contra el Imperio de Brasil estaba desatada y el almirante Brown se aprestaba a escribir las mejores páginas de la historia naval argentina.

Si les pudiera hablar a esa tripulación del *Alerta*, el irlandés más argentino que se haya conocido en estas tierras también les habría dicho aquello que cinco meses después sentenció ante el Combate de los Pozos: “Fuego rasante, que el pueblo nos contempla” y el fuego rasante de esos gauchos era construir un pueblo allá en Malvinas, el fuego era la patria que llevaban cobijada dentro de esa bodega del barco.

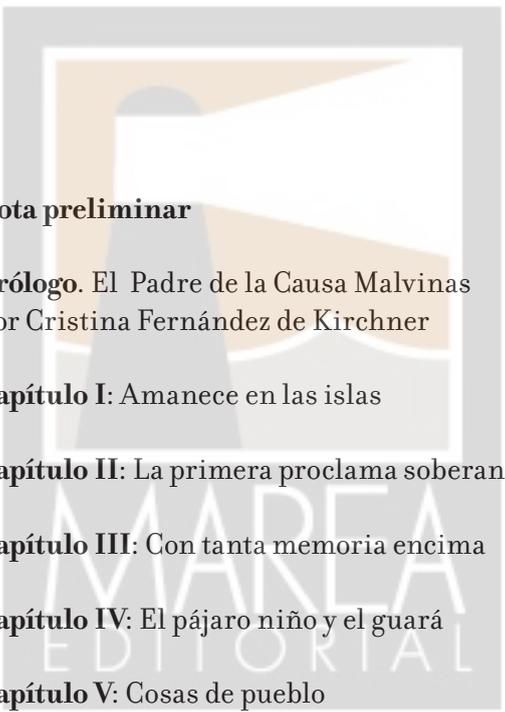
Luis y Emilio dan las instrucciones y el *Alerta* avanza despacito. Los 25 gauchos y un antiguo convicto, que estuvo preso en Malvinas desde 1790 a 1811 y ahora oficiará de baqueano, viajan escondidos en la bodega en absoluto silencio, como pidió Vernet.

Así transcurrió el primer día y la primera noche, y al siguiente amanecer bajó don Luis a la bodega y les anunció, tras una carcajada de satisfacción, que habían burlado el bloqueo y ya estaban navegando sobre el mar argentino.

Los gauchos festejaron sobriamente la noticia.

Ahora van directo hacia Carmen de Patagones donde subirán a bordo de la nave los caballos que encargó don Luis con destino a Malvinas. El temor y la incertidumbre se olían en el aire del barco junto a otras pestilencias.

Índice

- 
- 7 **Nota preliminar**
- 9 **Prólogo.** El Padre de la Causa Malvinas
por Cristina Fernández de Kirchner
- 13 **Capítulo I:** Amanece en las islas
- 27 **Capítulo II:** La primera proclama soberana
- 31 **Capítulo III:** Con tanta memoria encima
- 33 **Capítulo IV:** El pájaro niño y el guará
- 45 **Capítulo V:** Cosas de pueblo
- 69 **Capítulo VI:** ¿Se acordará la patria de nosotros?
- 73 **Capítulo VII:** La goleta *Sarandí*
- 79 **Capítulo VIII:** La usurpación británica
- 91 **Capítulo IX:** La dignidad de los gauchos

99	Capítulo X: El país federal se acuerda de Malvinas
107	Capítulo XI: Llegó el momento, Rivero
113	Capítulo XII: El naturalista inglés
117	Capítulo XIII: 26 de Agosto de 1833, la Revolución de los gauchos
133	Capítulo XIV: La comandancia del Gaucho Rivero
145	Capítulo XV: El imperio regresa
153	Capítulo XVI: La resistencia gaucha
167	Capítulo XVII: La caída
177	Capítulo XVIII: El Gaucho preso en el <i>Beagle</i>
185	Capítulo XIX: El Padre de la Causa Malvinas
195	Bibliografía

MAREA
EDITORIAL



Esta edición de
El Gaucho Rivero, Padre de la Causa Malvinas
se terminó de imprimir en
Latingráfica, Rocamora 4161,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2025.

MAREA
EDITORIAL